

HOMENAJE A DOMÍNGUEZ ORTIZ

Honoring to Domínguez Ortiz

BARTOLOMÉ BENASSAR

Resulta casi imposible ponerse a la altura del pedido de la revista: redactar un homenaje a nuestro añorado maestro. Aún más cuando sabemos que se publica, precisamente en forma de homenaje, una obra impresa de tres tomos y casi 3.000 páginas. Nada menos que 153 historiadores, ya mayores y de fama o, al contrario, humildes principiantes, hombres o mujeres, españoles (la mayoría como es lógico) o extranjeros, se han repartido los tres tomos y han entregado 137 artículos, pues algunas contribuciones tienen dos firmas. Entre los historiadores de este país, como para ilustrar el concepto de *Historia de España* que fue una de las inquietudes de don Antonio, están presentes investigadores de todas las partes de la piel de toro, es decir, andaluces, con ventaja lógicamente, aragoneses, asturianos, cántabros, castellanos, catalanes, extremeños, gallegos, mallorquines, murcianos, navarros, valencianos, vascos, que todos ha colaborado a la obra común, que resulta ser un conjunto muy equilibrado, de consulta fácil, pues en cada tomo ha sido elegido el orden alfabético.

Tal resultado se debe únicamente a la obra histórica que dejó don Antonio, ya que no se puede explicar por la fidelidad de algunos estudiantes, puesto que don Antonio, aunque parezca mentira, no fue catedrático de ninguna universidad de este país. Nombrado catedrático de instituto en 1940 y doctor en historia de la Universidad Complutense, después de unos pasos rápidos por Mallorca y Cádiz, ejerció sus tareas docentes en un instituto de Granada de 1941 a 1967, antes de irse a Madrid a dar lecciones de historia universal durante algunos años.

Así no es una carrera universitaria frustrada, sino el prestigio reconocido del historiador que lo ha hecho todo y este prestigio no es un premio a la vejez ni a la muerte. El gremio lo había proclamado hace mucho tiempo como lo demuestra de modo muy claro su elección como miembro de la *Real Academia de la Historia*, el 26 de enero de 1973. Además, los académicos le confiaron muy pronto la dirección del *Boletín* de la prestigiosa institución, que asumió de 1975 a 1979.

Resultaría muy difícil establecer una lista completa de los premios y distinciones que mereció don Antonio a lo largo de su vida de historiador. Me limitaré a destacar el *Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales*, galardón muy cotizado, que ganó en 1982. Fue nombrado *Doctor Honoris Causa* por varias Universidades españolas (Granada, Barcelona, Cádiz) y otros países (así en Burdeos, Francia). Recordaré también el homenaje destacado que le rindió

la universidad de Barcelona. Acudieron a dicha manifestación, además de los universitarios y estudiantes catalanes, historiadores de varias regiones del país y de fuera, ya que yo mismo asistí a ese acto. En 1985 fue proclamado *Hijo predilecto de Andalucía*. Sólo su *Historia de Andalucía* le hubiera merecido esta distinción. Pero llama la atención el hecho de que en la obra que se acaba de publicar se reúnen colaboraciones procedentes de otras naciones: de Estados Unidos, de Inglaterra, de Francia, de los Países Bajos. Es que Antonio Domínguez Ortiz fue consagrado fuera de España en un momento relativamente temprano. Así, era miembro correspondiente de la *British Academy*. Varias revistas de Inglaterra y Francia le pidieron colaboraciones. Casi me atrevería a pretender que la fama lograda fuera de España tuvo cierta importancia en el hecho de que, a la postre, don Antonio llegara a ser profeta en su tierra.

En algunos casos dos personas o parejas se juntaron para escribir el texto dedicado a esta obra, ya lo señalé. Me conmovió particularmente que, entre las contribuciones esté la de un querido colega desaparecido brutalmente hace poco más de un año, Antonio García-Baquero González.

Llama la atención que todo el tercer tomo esté consagrado a la historia más reciente, desde los tiempos de la *Ilustración* a nuestros días. Eso significa algo: recordemos, por ejemplo, su importante síntesis publicada por la editorial Ariel, *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, el año 1976. Y más tarde, en 1998 creo yo, dedicó otro libro a *Carlos III y la España de la Ilustración*. Por otro lado, eso quiere decir que don Antonio vivía en su tiempo. No cerraba ni los ojos ni las ventanas. De modo que parece lógica la participación de historiadores de la época contemporánea a la obra que celebra su memoria. Y no sorprende que algunos artículos tengan por referencia la época franquista, especialmente la provincia de Granada. Él mismo en su testamento histórico, *España tres milenios de historia*, tocó temas del siglo XX. Es que nuestra curiosidad para con nuestro pícaro mundo se mantuvo hasta los últimos días.

Así que la amplitud de los campos recorridos por los autores que colaboraron a la obra corresponde evidentemente a la amplitud de las inquietudes históricas de don Antonio. No falta nada: problemas de archivos y otras fuentes, vocabulario, crónicas, correspondencia epistolar. Todos los sectores de la historia: evidentemente, *las clases privilegiadas*, que fueron el tema de uno de los libros más importantes de don Antonio, publicado en *Istmo* hace ya 35 años, y recuerdo perfectamente que al descubrirlo en la librería Marcial Pons en Madrid lo compré enseguida y dicho libro me ayudó mucho en la preparación de los cursos destinados a mis estudiantes de Toulouse sobre la España de los Austrias. La Iglesia, canónigos, clérigos, jesuitas, monjes y monjas no podían estar ausentes, y tampoco la Inquisición, incluso sus familiares.

El aparato de gobierno, los corregidores, la hacienda con su personal (secretarios, contadores, por ejemplo), la justicia y sus altibajos, la diplomacia y los embajadores, han dado lugar a varios artículos. Alteraciones, alzamientos,

conspiraciones (así la de Medinasidonia), luchas de bandos, también tuvieron en esta obra de su homenaje a sus intérpretes cualificados.

Pero dejemos a las clases privilegiadas, a la corte y a los cortesanos, a los conflictos políticos. También están aquí presentes los campesinos y las crisis agrarias, los artesanos, incluso los vagos; los moriscos y también los mudéjares, los judíos, los esclavos, los extranjeros. Como es lógico, las ciudades y villas andaluzas merecen un lugar preferente: Granada, Sevilla, Córdoba, Cádiz, Alcalá la Real, Baza, Guadix, Lucena, Montefrío, Ronda, Úbeda aparecen a lo largo de la obra. Y el interés que tuvo siempre don Antonio para con las Indias se refleja en unos cuantos artículos dedicados a la Nueva España, a Santo Domingo y Perú.

La verdad es que estos tres tomos que recogen también la impresionante bibliografía de Antonio Domínguez Ortiz, aspecto interesantísimo y utilísimo de la empresa llevada a cabo por la Universidad de Granada, que merece una calurosa gratitud por parte de los historiadores, resultan ser todo un panorama de la trayectoria historiográfica actual y, a la par, un espejo de la actividad del prestigioso investigador y de su vida de hombre.

Es que don Antonio se interesó por todo, pero nunca de modo superficial, tratando de profundizar y de matizar, ya que odiaba las afirmaciones perentorias y los dogmatismos. Por eso era tan importante consultarle, recoger su aviso, su opinión, sus consejos. Y difícilmente hoy un especialista de la Edad Moderna pueda prescindir de su obra. Como es lógico tengo en mi biblioteca muchos libros de don Antonio y, frecuentemente, preparando un curso (eso ya hace años) o redactando un artículo o una ponencia (cosa que ocurre aún) pienso: a ver que escribió don Antonio sobre el particular. Me incorporo, me aproximo a las estanterías, saco un libro: puede ser una de las obras de carácter sintético como el tomo 3 de la *Historia de España* de Alianza, dirigida por Miguel Artola, relativo a los *Reyes Católicos y los Austrias*, o, en el mismo plan, los libros de la editorial Ariel. Pero puede tratarse de un tema especializado, la *Historia de los moriscos*, el libro que hizo con mi amigo Bernard Vincent, o la de los *Judeoconversos*, o las *Alteraciones andaluzas*, o la *Historia de Sevilla* o los prólogos muy nutridos que hizo a los testamentos de Felipe IV y Carlos II, los *Autos de la Inquisición* y tantos temas más. Casi siempre encuentro una idea o un detalle esclarecedor.

Al principio me sorprendió mucho que la Universidad de Granada haya pensado en mí para escribir estas páginas. Hasta que se produjo la iluminación. Muy sencillo: soy viejo. Y como tal viejo de solemnidad conocí a don Antonio hace muchos años. Así, según me escribió Miguel Gómez Oliver, vicerrector de esta universidad, don Antonio y yo compartimos muchas inquietudes profesionales e historiográficas, muchas veces con motivo de coloquios o congresos. Pero no siempre, a veces de modo imprevisto, en un archivo o una biblioteca. Naturalmente, yo en una postura de admiración y respeto, pero don Antonio siempre ameno, con su eterna curiosidad, queriendo saber lo que uno investigaba o podía

opinar a propósito de tal o cual problema. Es que don Antonio estaba al tanto de todas las novedades historiográficas. Vivía en su universo de libro. Recibía muchos y compraba otros. De modo que estaba casi cercado por los libros, lo que le indujo a tener tres casas: en Granada, Sevilla y Madrid, no con motivo de especulación inmobiliaria, sino por evitar traslados fastidiosos y encontrar en cada una de sus residencias las obras más imprescindibles. Pero, es preciso repetirlo: los libros no le impedían contemplar nuestro mundo con lucidez y una curiosidad jamás cansada.